

DUMOURRIEZ.

—¿Cuánto deseaba veros, querida prima! decía un valiente militar que á su paso por Pont-Aumeder, tenia el gusto de ver á su familia. Cuánto tiempo hace, continuaba, despues de pasadas las primeras efusiones de su corazon, que deseaba tener el gusto de hablaros. Cada vez sois mas encantadora, el hermoso matiz de vuestras mejillas se ha descolorido un poco, pero esto os hace mas interesante. Aunque en los arduos estudios de mi imaginacion os veia como un ángel, ¡vive Dios! que la realidad ha superado á la ilusion.

Emilia bajó los ojos y le respondió con rubor, porque es de advertir que á todas las gracias personales, á todas las cualidades del corazon, reunia este agradable incentivo del amor....

—Venis lisonjero, primo mio, no habeis olvidado la fina galantería del cortesano, en los campos de batalla.

—Una prueba mas de que tales palabras salen derechamente del corazon... Creedme; en el estrepitoso ruido del combate, cuando la sangre hierve en las venas y el corazon con sus latidos violentos quiere saltarse del pecho; entre el denso humo que forma la mortífera pólvora, cual maldecido incienso eshalado tal vez por mofa en las regiones infernales, entre los plañideros ayes de los moribundos, divisábase la radiante y hermosa figura de una mujer. Envuelta en transparentes gasas, aérea y flotante con sus divinos y melancólicos ojos clavados en mí, era el ángel que me guiaba á la victoria.

—Querido primo, si os chanceais haceis muy mal; bien sabeis que hace algun tiempo no me sois indiferente, á pesar de la contradiccion de vuestro padre, que hace nuestra union imposible. Debeis saber que toda vuestra vida me interesa, por eso al pensar que la llevais tan arriesgada é incierta, llena de peliros y de gloria cual se brinda á vuestro porvenir, estoy siempre zozobran-te. Inquieta siempre, siempre pensativa, sufro un tormento horroroso. A veces mi razon quiere triunfar de mis ilusiones: es jó-ven, me digo, reúne las brillantes cualidades que en estos tiempos son indispensables para medrar: no es justo que viva oscurecido y encadenado á los pies de una mujer. Pero, ¡cuán rápidos son estos instantes de conviccion...! Luego bienen los deseos y temores, los celos y las esperanzas: vienen los obstáculos é inconvenientes y luego venis vos á aumentar en vez de disminuir este fuego que me devora.

—Sois un ángel, prima mia. Me habeis hablado de gloria y de porvenir. La gloria es una ilusion mentida. Me he visto debajo de mi caballo, acribillado de heridas, rodeado de enemigos, en una peligrosa retirada que mi voz contuvo, he pretendido, en fin, tentar á la fortuna; en pago me han dado olvido é indiferencia. Yo necesito un ser como vos que me preste consuelo en mis caprichosos ensueños, que corresponda cual vos á este raudal de lava hirviente que hay en mi corazon. Un ser á quien, cuando la injusticia del mundo me angustie, y el vértigo fatal de la melancolia se apodere de mí, pueda estrecharle contra mi seno, puede estampar en sus ruborosas mejillas un ardiente beso de amor, porque yo tengo un corazon que por todas partes brota ilusiones.... Ved, en fin, lo que determinais, prima mia. La vida sin vos me es ya insufrible. Antes de separarme de vos, me animaba una ilusion, que era la de la gloria. Esta ilusion ha desaparecido. El amor ha venido á recobrar todo su imperio. Decid, por último, cual es vuestra resolucion.

—No en vano os aprecio, primo mio, tenéis un corazon ardiente é impresionable, y comunicais al mio cuantos afectos le ocupan; pero tal vez traspasais los límites del decoro, y no sabeis ¡cuanto daño me haceis!... Vuestras palabras como gotas de acero derretido caen sobre mi corazon y quedan grabadas en él. Los hombres tenéis distracciones y negocios que ocupan vuestro tiempo: al romper el día oís el estampido del cañon, sentís el vibrante choque de los fusiles, el ¡ay! de los moribundos y os embriagais con los cánticos de la victoria. En ellos ahogais las dulces ilusiones del amor y aun quizá las olvidais. Tal vez al manifestarlo, os deis á una expansion irresistible del corazon, que bien pronto vuelve á ser ocupado por los cuidados del mundo. Pero nosotras condenadas á la soledad y al retiro, esta ilusion se llega á apode-

rar de tal modo de nuestro pecho, que viene á ser su único resorte, nuestra vida ó nuestra muerte. Os repito, mucho mal me habeis hecho. Ya sabeis que os amo, que sin vos mi vida será pálida y sombría, y sabeis tambien que nuestra union no puede verificarse...

—¿Y por qué?

—¿Acaso no respetareis las opiniones de vuestro padre? Y aunque así fuese, podria olvidar nunca el mio, que por consentir nuestro amor, le trataba de ambicioso, y aun ahora, ¡Dios mio! ¿quién sabe á lo que nos esponemos? Hace dos dias partió vuestro regimiento, estais faltando á unos deberes tan sagrados, en el momento que llegue á París y os eche de menos, Dios sabe lo que terminará vuestro padre...

—Prima mia, no encubrais la tividad de vuestro amor. Desechad esas lúgubres ideas. No hablemos mas que de nuestro amor. No puedo vivir sin vos. ¿Quién puede destruir esta fuerte indignacion, y quién oponerse á mi voluntad?

—Yo.

—¡Vos! que ahora poco, si mal no recuerdo, habeis dicho que me amais! Y bien, si esto es cierto, no quereis que os estreche en mi corazon, que beba y robe á vuestros lábios el puro carmin que los matiza, que os consagre un tesoro de amor y de ventura.

—¿Y vos quereis olvidar de todo punto vuestros deberes, renunciar al brillante porvenir que os brinda la suerte, ser inobediente y rebelde para con vuestro padre y sepultaros en el seno de un amor que maldeciriais mañana? ¡Oh! ¡jamás! Os amo mucho. Sin vos nada en el mundo me será agradable...

—Un hombre, señora, acaba de llegar de París y me entrega esta carta para vos, díjole una criada.

Pasó Emilia la vista rápidamente por ella, y cayó desfallecida en su asiento...

—¿Qué es esto, Emilia? ¿qué contiene ese fatal escrito? dijo conmovido. Veamos, va dirigida á mi tio.

«Estraño mucho la tardanza de mi hijo; él falta enteramente á sus deberes, y tú lo autorizas. Adios.

—¿Con qué es preciso renunciar á una vida de ventura? continuó dominado de la mas negra melancolia, ¿es preciso abandonar la felicidad, estándola tocando con la mano?...

Emilia recobrada algun tanto de la sorpresa y temiendo la desesperacion de su amante, le dijo:

—Tranquilizaos, por Dios.

—¡Qué me tranquilice! No soy de los hombres que se calman con facilidad. Prima mia, un amor desventurado solo puede terminar con la muerte. En vano serán todos los consuelos. La existencia me es enteramente odiosa.

—Lo mismo me pasa á mí: pero no soy mas que una débil mujer, y no tengo valor para atentar contra mi vida, pero puedo sepultarme en el sombrío asilo que ofrece un claustro.

—¿Qué decis?...

—Que no queda otro medio á mi infasto amor.

A este punto llegaba la entrevista de los amantes, cuando el padre de la jóven enterado de la carta que habia recibido su hija, puso fin con su presencia á una escena que cada vez se hacia mas melancólica.

Apenas se separó de la vista de su amada, apenas dejó de escuchar su voz argentina, de mirar sus encantadores ojos, toda la naturaleza se presentaba á través de un prisma fúnebre y sombrío, y quedó sumergido en la mas negra melancolia.

II.

—¡Qué hermoso eres! decía una caprichosa beldad brillantemente ataviada y reclinada en un lujoso sofá á la pálida luz que despedía una bujía; ¡qué hermoso eres! fundo mi orgullo en quererte. ¡Qué necia es madama Dubarry, qué insensata porque posee el corazon del rey de Francia!... Un rizo de tus cabellos, el brillo de tus hermosos ojos, valen mas que la radiante corona y que su reino con sus treinta y tres millones de habitantes. Dame otro beso. Estais triste, no sabeis como desgarrá mi corazon la terrible melancolia que se derrama en tu rostro: te amo, y te manifiestas serio, te estrecho en mis brazos y quedas enojado. Algunas veces murmuras un nombre desconocido. A veces me figuro, que amarás á otra; pero, no, me digo, un corazon jóven, un alma ardiente como la tuya, un hombre de tus cualidades, postergado en la corte tiene bastante porque quejarse. Descuidad, yo labraré tu fortuna: tengo en mi mano los eslabones de su misteriosa cadena, y he de verte grande, muy grande; y en cambio solo te pido un beso, pero un beso de amor...